

d

destierros

Venezuela: fábula de una riqueza Luis José Oropeza

# Venezuela: fábula de una riqueza

## El valle sin amos

Luis José Oropeza

*Prólogo de Guillermo Morón*

æ

artesano æ editores

cedice  
Libertad

R.T.F. 0-00203592-7

# Venezuela: fábula de una riqueza

El valle sin amos

Luis José Oropeza

artesano  editores

R.I.F.E.-0138321-1



R.I.F.E.-00008627

## Prólogo

Prólogo el que escribió Cervantes a su *Don Quijote*. Es un antiguo arte inventado, como toda la literatura que nos concierne desde la *Ilíada* y *Los trabajos y los días*, por los griegos, los fundadores de los Juegos Olímpicos y de la política. Y ya en nuestro tiempo aquel *Prólogos, con un prólogo de prólogos* del malabarista de la palabra Jorge Luis Borges, publicado en Buenos Aires, Argentina, Impresora de los Buenos Ayres, 1975, 174 páginas, 20 cm (Torres Agüero Editor), que se encuentra en la sala 1, estante 21, tramo 1, 26, en la Biblioteca y comienza de este modo: «Creo innecesario aclarar que *Prólogo de prólogos* no es una locución hebrea superlativa, a la manera de Cantar de cantares (así lo escribe Luis de León), Noche de las noches o Rey de reyes. Trátase llanamente de una página que antecede a los dispersos prólogos elegidos por Torres Agüero Editor, cuyas fechas oscilan entre 1923 y 1974. Una suerte de prólogo, digamos, elevado a la segunda potencia». Cervantes fue más discreto, pues empezó su celebrado prólogo a su archicelebrado *Don Quijote de la Mancha*: «Desocupado lector...» y lo que sigue.

Como tengo por hábito, o costumbre, cuando intento salir adecuadamente del precipicio que es esto de escribir sobre asuntos de tanta trascendencia, como los que se asientan en este libro, acudir a los eficientes auxilios de alguna autoridad, una vez más miro la definición que está en el *Tesoro de la lengua castellana o española* publicado en 1611 por Sebastián de Covarrubias, ya que allí encuentro el modo y la manera de sacar las patas del barro, que es como se decía tanto en Carora (ciudad muy antigua) como en Cuicas (pueblo más bien nuevo, aunque el nombre le quedó de los indígenas que habitaron los montes y quebradas más o menos andinas del llamado estado Trujillo).

Y en efecto en ese primer diccionario de nuestra lengua, o idioma que es una civilizada manera de hablar y escribir usada todavía con gran fuerza por unos 40 millones de gentes como los venezolanos, incluidos los «pueltorriqueños», se define el *prólogo* de esta forma: «La prefación o introducción del libro, para

dar claridad de su argumento. En las comedias acostumbraban hazer prólogos para el mismo fin y para captar la benevolencia y atención del auditorio». Y añade cómo se decía y escribía «prólogo» en latín y en griego, que son las fuentes del castellano, español, caroreño y cuiqueño.

Cecilio Zubillaga Perera (1887-1948), don Chío, fue el gran Maestro de los caroreños sin haber pasado del cuarto grado de primaria. Además de su obra escrita —publicada en *El Diario de Carora*; en *Cantaclaro*, que él fundó, y en otros de los alrededores en Lara y Trujillo—, recogida en nueve volúmenes por la Academia Nacional de la Historia (1988-1993), su magisterio cultural, cívico, moral, fue cotidiano sin salir de su ciudad y casi tampoco de su casa. Durante el gobierno de Eleazar López Contreras escribió un *Itinerario político*, terminado el 28 de abril de 1941. Comienza con este pronóstico: «Dice el suscrito, en presencia de brotes de incondicionalismo que surgen en todo el país, que don Cecilio Zubillaga Perera también arriará la bandera de la oposición al acercarse el continuismo de López Contreras que todos consideramos como ineludible y fatal. Carora, 17 de octubre de 1939». Y cuando llega la hora don Chío escribe: «Responde mi conducta –Carora, abril 28 de 1941. Hoy dejó de ser Eleazar López Contreras Presidente de la República. Había esperado este momento para que fuera mi conducta y no las palabras, la que respondiera al pronóstico de mi querido amigo el doctor Ambrosio Oropeza. Fue él mal profeta en esta ocasión; porque me mantuve en la oposición contra el presidente López Contreras hasta el fin de su mandato». Don Chío fue polémico, irreductible. Y Oropeza es un ejemplar hombre de pensamiento, culto, vivió en la ciudad de sus antepasados; como los caroreños de pro fue ganadero, pero su cultura lo acercó a los estudios.

En el curioso *Historial genealógico de familias caroreñas* del historiador Ambrosio Perera se publica esta semblanza:

**Doctor Ambrosio Oropeza.** Nació en Carora el 30 de noviembre de 1904, y se graduó Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela en 1927. En considerado como uno de los abogados de más amplia cultura jurídica en el país, aunque ha sido renuente para el ejercicio de su profesión. Ha sido miembro ilustre del Congreso Nacional y es un escritor fácil y elegante; su obra *Evolución constitucional de nuestra República*, publicada en 1944, fue recibida con grandes y justos elogios por la crítica y su cita es obligatoria, tanto en la cátedra como en los estudios concernientes al Derecho Constitucional venezolano. Ha dedicado gran parte de su actividad a la cría y es reacio en dejar su ciudad natal, aunque el halago político lo ha llamado, con insistencia, a medios donde su

ilustre personalidad podría ejercer influencias de alcances nacionales. Casó con doña Gregoriana Álvarez.

Conocí, por supuesto, al doctor Ambrosio Oropeza, Carora (30.11.1904-14.11.1970), abogado, ganadero y político. Cuando Rómulo Betancourt (1908-1981) recorrió el país en su tarea de fundar y consolidar su partido Acción Democrática, en la paz política, social y económica que fue señal del gobierno del general Isaías Medina Angarita (interrumpida por el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945), visitó Carora. Y se acercó a quienes representaban al pueblo, a la ciudad, a la República en el sentido griego de la palabra, que perdura en nuestro idioma. Si bien esa pequeña ciudad no tenía una población numerosa sí figuró siempre como un lugar estratégico desde su fundación (1569-1571). Servía, sirvió y sirve de estratégico lugar de enlace en las vecindades: Coro, Barquisimeto, Trujillo. La política fue siempre una actividad inevitable, los caroreños estuvieron a la expectativa de la paz y la guerra. Los partidos decimonónicos —Conservador y Liberal— se fundaron apenas aparecieron en Caracas. Por otra parte, la educación fue atendida a todos los niveles posibles desde los primeros años; un convento de San Francisco, las cofradías, escuelas de primeras letras y, desde luego, la organización política: Ayuntamiento sin interrupciones.

Betancourt visitó a don Chío, al doctor Oropeza, al padre Montes de Oca (el más activo sacerdote de aquellos días) y a un pulpero llamado Che Torres. Los notables no se hicieron adecos militantes, pero el pulpero sí: en su negocio se estableció el partido en Carora. Ahora bien, el doctor Oropeza *desde la universidad cercano a Betancourt, miembro de la minoría opositora en el Congreso de 1936*, cuyo prestigio estaba desde el primer momento en su cultura y no solo en su grado de Doctor en Ciencias Políticas. No tenía, ni tuvo, bufete. *Fue corredactor destacado de las constituciones de 1947 y 1961*. Betancourt le designó su asesor constitucional apenas llegó al poder, pero pronto prefirió regresar a su tierra y desde allí accedió durante los períodos de las sesiones a ocupar su condición de representante de su estado natal en el Congreso por varios períodos. Pero como fue un hombre de estudio publicó estos libros: 1) *Evolución constitucional de nuestra República* (análisis de las constituciones que ha tenido el país). Caracas, Impresores Unidos, 1944, 164 p.; se reeditó en 1985 (Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Serie Estudios n.º 22, Caracas, Editorial Arte, 1985, 175 p., 23 cm) con el título de *Evolución constitucional de nuestra República y otros textos*; 2) *La nueva Constitución venezo-*

*lana 1961* (Caracas, Imprenta Nacional, 1969, 504 p., 12 cm); una segunda edición, Caracas, Italgráfica, 1971 (521 p., 12 cm), de cuya redacción formó parte activa. En la primera edición Raúl Leoni firma una Presentación (Miraflores, 23 de enero de 1969) y en la segunda Luis José Oropeza (Carora, octubre de 1971). Ese prologuista es hijo del autor del libro y responsable de este que tú, o usted, lector amigo o enemigo, tiene en sus manos. Y la Biblioteca de Autores y Temas Torrenses publicó *Relatos de viaje (Brasil)*, donde el ilustre constitucionalista utiliza sus experiencias como ganadero: «1945 – 19 de agosto. Salí del Aeropuerto de Maiquetía, en compañía de los integrantes de la comisión que invitó el gobierno nacional para estudiar y observar los métodos ganaderos en Brasil, Argentina y Uruguay»; «Día 24 de oct.: El avión ha de llegar a las 10 de la mañana. Recogemos nuestras cosas rápidamente y vamos a tomarnos por nuestro acostumbrado desayuno, un café con leche Klim. Pero será el último. Y ahora a esperar la llegada del aparato». El ilustre constitucionalista se sentía a sus anchas en su casa de Carora, con sus amigos que nada sabían de política. La amistad es una aristocracia, me parece que es una reflexión de Aristóteles en alguna parte de su *Metafísica* y si no pues la asumo como si fuera un dicho que anda por ahí cuando los valores tradicionales cojean en la república.

Pues a lo que vengo ahora. De tal palo tal astilla es un viejo refrán más antiguo que Carora y, por supuesto, desde antes de que se fundara el pueblo de Cuicas (estado Trujillo), para mencionar a los dos lugares donde pasé la infancia, la puericia y la adolescencia. Y esas palabras eran un elogio cuando el alma se transmitía positivamente y el muchacho resultaba con los positivos del papá. Y aquí quiero afirmar que el autor de este excelente libro viene de un hombre que cultivó los principios de la Venezuela Positiva, como la llamó mi maestro, y de los venezolanos en general, don Augusto Mijares.

No es necesario que me ponga aquí a dar noticia del autor, ya que es suficiente con copiar lo que ahora se llama «hoja de vida» y antes en latín *curriculum vitae*. Es esto: Luis José Oropeza es abogado de la Universidad Central de Venezuela, con estudios de Economía en Londres y cursos de posgrado en la Universidad de Edimburgo, Escocia, en donde se le acreditó con un Master of Science en Management Studies en 1967. Un máster en Finanzas Corporativas le fue otorgado en la Universidad de Wisconsin en 1968. En el año académico de 1979-1980 fue designado Fellow de la Universidad de Harvard y en el año siguiente fue calificado como Visiting Scholar de la misma universidad. Un trabajo suyo sobre una interpretación de la política venezolana escrito en su

permanencia en Harvard intitulado *Venezuela: A Tutelary Pluralism* fue publicado en inglés por el Centro de Estudios Internacionales de la mencionada Universidad de Harvard, dirigido entonces por los insignes académicos de la ciencia política Samuel Huntington y Jorge Domínguez. Una actualización de ese estudio fue publicada en español bajo el título de *El gendarme innecesario*, en 1997. Fue por más de una década columnista semanal del diario *El Universal* de Caracas. Participó por varios años como miembro principal de la gestión directiva del diario *El Impulso* de Barquisimeto, decano de la prensa de occidente, en cuyas páginas fue durante unas épocas colaborador.

Fue presidente, director principal y fundador de varias instituciones financieras y de seguros en su región natal. Fue presidente de la Fundación Rómulo Betancourt por varios años. En la política nacional actuó como ministro de Agricultura y Cría, y por una coalición de varios partidos nacionales fue postulado candidato a la gobernación del estado Lara en 1995. En la actualidad es activo director de varias empresas agrícolas y agroindustriales de su región y del país. Comparte esas actividades empresariales con una predominante inclinación a los estudios de las complejas realidades de la política y la economía nacional, áreas en las cuales, desde la perspectiva de su evolución teórica y académica más actualizada, se ha consagrado a revisar y explorar con apasionada vocación intelectual.

La primera riqueza que nuestros antepasados, los conquistadores españoles del siglo XVI, encontraron fácilmente fueron las perlas en la isla de Cubagua, donde se fundó la primera ciudad en lo que es hoy Venezuela, Nueva Cádiz, bien organizada políticamente, de acuerdo con la tradición (la Cádiz de España existe desde hace mil años) y las leyes, las contenidas en las *Siete partidas del rey don Alfonso El Sabio* (la Constitución vigente en los Reinos de las Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII, tiempo llamado equívocamente período colonial). Bien trazada, bien gobernada, duró un soplo (1510-1545) y rindió lo que una riqueza artificial suele durar. En el cabo de La Vela, península de la Guajira (venezolana desde 1527 hasta 1941), también las perlas fueron riqueza pasajera en una ciudad llamada Nuestra Señora del Rosario. Cubagua y la Guajira son peladeros desde hace 500 años. Porque la riqueza no es natural. Es el producto del trabajo culto, inteligente y continuo.

Todo el proceso histórico de lo que será Venezuela, no la provincia con capital en Coro y luego en Caracas, sino el conjunto unificado entre 1776 y 1786

(creada la Real Audiencia de Caracas para un solo territorio que en 1811 se heredó con dos millones de kilómetros cuadrados y un millón de habitantes, pardos, esto es ya mestizos como usted y yo), se sustentó en el trabajo, en la organización política, económica, social y cultural. En ninguna ciudad venezolana hubo palacios ni catedrales ni edificaciones suntuosas, como en México y en Perú. Venezuela fue pobre, pero honrada, hasta cuando, en los siglos XIX y XXI, dejó de ser honrada. Desde 1811 hasta 1903 los venezolanos vivieron de susto en susto, de guerra en guerra, incluidas las dos exterminadoras, la de Independencia, y la peor, llamada Federal (1858-1863). Pero ese no es el cuento de este libro que el lector (y también la lectora, para estar de acuerdo con la mala letra de la Constitución que no está vigente) podrá gozar por su excelente prosa y por el meollo.

Los mitos que se repasan y se destruyen, sabiamente, en este libro no pertenecen a una tradición historiográfica, sino más bien a la literatura escrita, a la novela, y también a una cierta vanidad oral. Quien lea a los historiadores encontrará el eco de la pobreza desde el siglo XVI hasta el sol de hoy. Las expediciones tierra adentro, desde Coro, desde Cumaná, Orinoco arriba, encuentran tierras inmensas —los Andes, los Llanos— y aguas —el Orinoco, el lago de Maracaibo— y un gentío, pero no en ciudades, en organizaciones imperiales, como mayas, aztecas e incas, sino pobladores que viven a la intemperie, los «pobrecitos indios», como los llamó fray Bartolomé de Las Casas. Es en novelas como *El camino de El Dorado* y *Los amos del valle* donde se crea una riqueza (oro) y un poder (social) que no estuvieron en la realidad. Cuando se descubre la modesta mina de Buría los «conquistadores» se repartieron «granos», pedacitos que no alcanzaban para pagar el pasto del caballo que trajo a uno de ellos desde la remota y minúscula ciudad de Trujillo hasta la incipiente Nueva Segovia de Barquisimeto, donde había posibilidad de acampar.

Quien revise la documentación de la Real Audiencia de Caracas (1786-1821), que se conserva (o conservaba) en el Archivo de la Academia Nacional de la Historia, podrá comprobar cuánto valía un maravedí o todo un «latifundio». Quien tenga la curiosidad de revisar la *Historia contemporánea de Venezuela* (14 volúmenes y 1 de índice) de Francisco González Guinán, todo el siglo XIX, podrá recrearse en las penalidades de los presupuestos nacionales, las deudas externas e internas que serán pagadas con petróleo ya por Juan Vicente Gómez. Pero todavía en 1936, cuando se levanta un censo de la población, más o menos acertado, descubrirá que el 90 por ciento de la población (3.500.000 habitan-

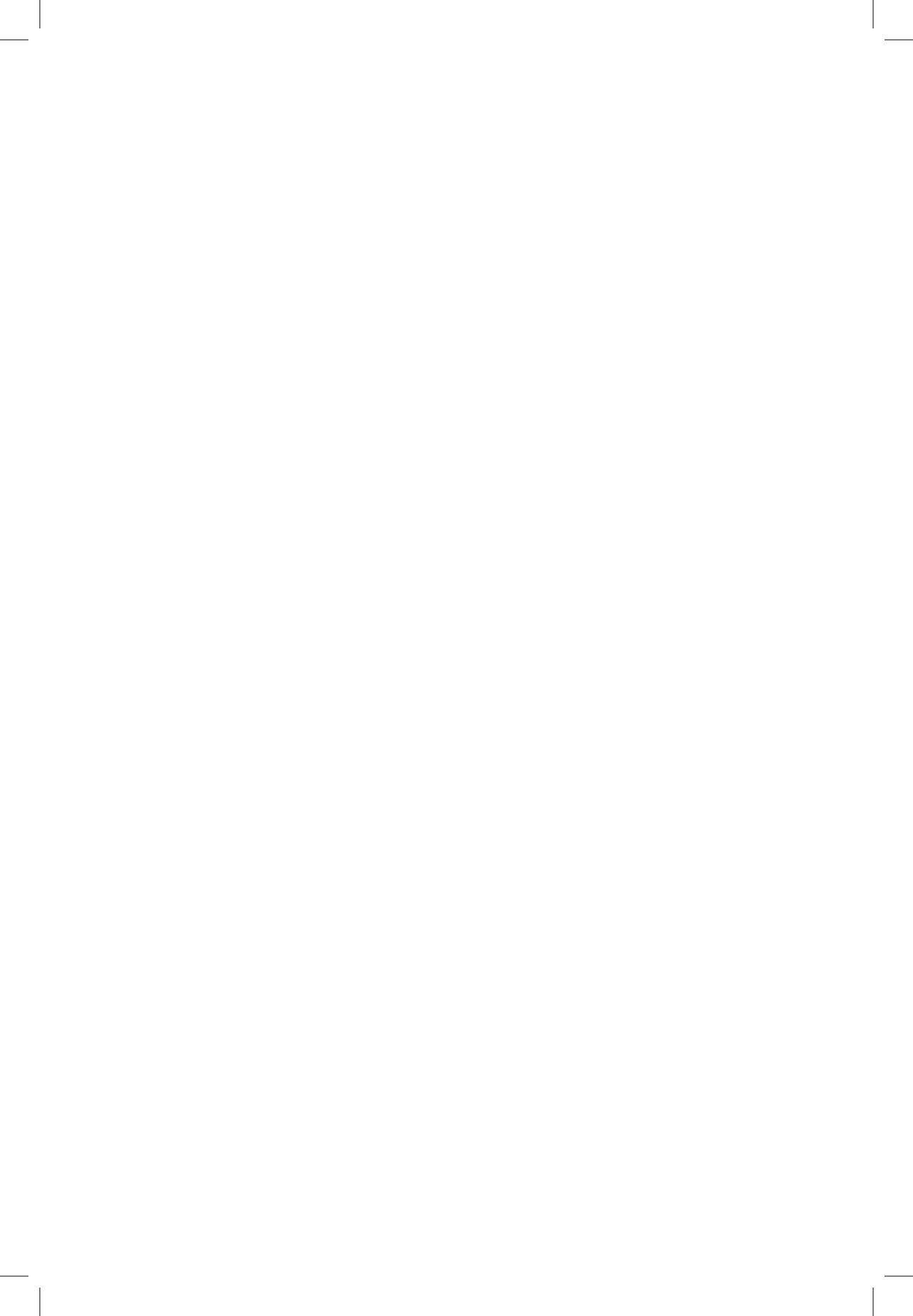


tes en dos millones de kilómetros cuadrados) vivía en el campo, pobre y analfabeta. En 1977 se publicó un grueso volumen (697 p.) titulado *Las áreas marginales en Venezuela* —cuya autora es la socióloga Beatriz Ornés de Albornoz y el editor el Ministerio de Obras Públicas— con una limitada edición, como para que se enteraran los especialistas y algún curioso como este mal prologuista. Es que la pobreza anda agazapada, como la que en este mal siglo XXI, con petróleo a chorros, está, dolorosamente visible en los barrios que rodean todas las ciudades y que no parece ver ningún poder, todos uno solo refugiado en Miraflores y en el Fuerte Tiuna.

Luis José Oropeza domina el idioma que hablamos en Venezuela: el español o castellano; es, en este libro, un escritor de raza, para utilizar la expresión más antigua y apropiada. Por eso puede leerse de un tirón. Pero conviene hacerlo poco a poco, porque en este libro se destruye la leyenda de El Dorado y la fantasía de los amos del valle, del de Caracas y de todos los demás. Claro que sabe de economía, por estudios de alto nivel y por experiencia en el terreno. Luis José Oropeza, caroreño de toda Venezuela, hombre de estudio, se rebela contra una abultada tradición milagrera: «el mito histórico de la riqueza venezolana». Siéntese, enchinchórese, como más le acomode, y lea un libro excelente, en buena prosa, en profundidad de saberes, una magnífica lección de historia de Venezuela.

GUILLERMO MORÓN

Caracas, 19 de agosto de 2013



## Introducción explicatoria

En estas páginas se intenta una ronda sobre la turbulenta trayectoria del devenir económico venezolano. Y esa faena se emprende con el propósito de presentar, con la severidad de algún espíritu crítico, una visión distinta frente a un mito secular tan hondamente arraigado entre nosotros, una fábula que ni la vivencia misma de tantas frustraciones sufridas por cinco largos siglos ha podido extinguir: la fantasía y los delirios de un país más que pletórico, colmado por la Providencia con la más descomunal riqueza. Se trata, pues, de encontrar, desde una visión más eficaz, real y transparente de nuestra sociedad, maneras distintas de involucrarnos con nuestras propias evidencias y, a partir de ellas, emprender un análisis sustentado sobre paradigmas más concretos, modos más genuinos y constructivos de concebirnos y de mirarnos a nosotros mismos.

Es necesario encontrar en la fragua formativa de nuestro destino una orientación más veraz y constructiva, de modo que nuestra sociedad pueda proveerse de un resguardo menos ficticio de expectativas, suficiente para no dejarse atraer por visiones alucinantes y conjeturas imposibles, que tantas veces han propiciado los recurrentes desengaños de nuestro pueblo, siempre a la espera de un futuro mejor. Intentamos así indagar de dónde proviene nuestra manera equivocada de encumbrar nuestras más atrevidas ponderaciones, de apreciar sin ambigüedad en qué medida anhelos y creencias nos han desviado y alejado de nuestras posibilidades reales de construir una sociedad donde por fin sea posible convivir mejor en un más compartido bienestar. No pueden, como aquí se alega, seguir dominando entre nosotros los prejuicios de unos errados simbolismos interpretativos que nos han atribuido una exagerada calificación en cuanto a nuestro potencial de acervos materiales, que para muchos entrañan condicionantes indispensables para salir del subdesarrollo y la pobreza.

Pareciera, pues, inminente la urgencia de salir de esa fatal incertidumbre en la cual hemos permanecido extraviados. Si realmente queremos saber las razones del porqué no somos, ni hemos sido, el país de nuestros sueños no podemos

seguir insistiendo en la estrategia del paraíso de fábula que inveteradamente se imaginaron nuestros espejismos y quimeras. La preeminencia, sin duda destacadísima, de nuestro liderazgo en las históricas luchas por la independencia suramericana, permitió que creyéramos tener asegurada la licencia a una aspiración perpetua que ya nadie nos podía arrebatarnos, un derecho adquirido para siempre por los venezolanos de tener un lugar asegurado y distinguido en la primera fila de los acontecimientos del continente. Y hemos pretendido revivir esta privilegiada condición mediante la extrapolación de una falsa superioridad, y al sorprendernos con la disposición súbita de unos recursos inmensos procedentes del petróleo y al no saber cómo aprovecharlos, los hemos destruido pavorosamente. Durante las vicisitudes de esta república hemos podido emular, con una fidelidad histórica impecable, la gesta disipadora que pudo exterminar al vasto Imperio español desde las horas más tempranas de su tiempo estelar del siglo XVI con las minas de América.

Si alguna idea se remonta a los ancestros más lejanos que perfilaron la mentalidad dominante de esta sociedad es precisamente haber creído que nuestra tierra, por el embrujo de un designio providencial y por los imperativos de su historia, estaba inescapablemente comprometida a servir de morada eterna a una opulencia de tan dilatadas proporciones como no sería posible conocer en este agobiado costado del mundo hispanoamericano. Desde los tiempos inaugurales de nuestra vida colectiva hemos edificado una sociedad subyugada y sometida a la fábula y el mito: el encuentro del paraíso celestial de los delirios colombinos; El Dorado de los conquistadores, y el valle avileño poseído por unos amos insignes con gorguera y casaca, de cuyo seno surgirá la obra y el testimonio de no pocos de los más logrados espíritus que van a traer la libertad a todo un continente.

Acudirán también a las quimeras de nuestro mundo tormentoso unos férreos autócratas aclamados y trocados, por arte de las confabulaciones, en símbolo y señuelo de un genuino patronazgo redentor contra todo riesgo o desventura nacional. Y cuando ya nada ni nadie pareciera salvarnos, vendrán súbitamente a socorrernos las reservas estratégicas de petróleo más descomunales del planeta. Y ahora, en la más reciente e insólita ocurrencia, el mito de una revolución redentora nos pretende llevar a las vivencias engañosas de un nuevo y maravilloso paraíso. La utopía ha sido, pues, el santo y seña de nuestros anales.

Una aglomeración de fascinaciones fueron los infaltables elementos para que, de una u otra forma, se propiciara entre nosotros una manera peculiar de ser y comportarnos. Y todo este conjunto de episodios tuvieron tan honda significación y tan insondables repercusiones en el alma nacional, que fácilmente sirvieron de cincel para moldear en nuestras costumbres sociales y en nuestras actitudes políticas una razón vital hasta configurar la leyenda de unos privilegios reservados y conferidos a esta sociedad como especial prerrogativa. Tal desvarío de presunciones no se radicarán solo en la intimidad de nuestros quehaceres, sino que se desplegarán —con arrebatada jactancia e impertinente obstinación— para servir de símbolo de dominio a las conveniencias estratégicas que nos facilitarían, con los desplantes de la soberbia de algunos de nuestros líderes, el intento de ejercer un ficticio señorío frente al vecindario materialmente más desamparado de nuestras inmediatas latitudes continentales. Y por explicables razones, pueblos menos afortunados —e incluso algunos no menos dotados en haberes y en hazañas históricas de este extremo suramericano— nos miraron no pocas veces con cautela y con reserva ante una peculiar manera de hacernos aparecer distintos o de alguna forma proclives a los alardes más ostentosos e impertinentes de la inmodestia. Aquellos gestos o actitudes significaban expresiones petulantes de los excesos de algunos privilegiados por una intempestiva abundancia.

Éramos o queríamos aparecer, sin duda, singulares. Servíamos con impecable fidelidad tanto al teatro burlesco del cinismo político como al usufructo oportunista y sagaz de otros vecinos más desabrigados, pero ciertamente más avisados en el provecho de nuestros dispendios. Nos distinguían atractivos o engolamientos que, en la soberbia vanidosa de algunos liderazgos insolventes, sirvieron para aligerar la carga de una audaz ambición que pretendía, en las vicisitudes del hemisferio, a la hegemonía más perversa y detestable. De esa manera, según la engréida interpretación más desmoralizante, esa supremacía vendría esta vez acompañada por la osadía de fervorosos adeptos del compadrazgo internacional, atraídos ahora por alguna codicia difícil de ocultar, que acuden presurosos a servir de fieles segundones en el juego de los tratos y negocios de ese contubernio comicial que predomina en la conducción de los organismos multilaterales de la región. Fue así como los firmantes de una Carta por la Democracia se transaron por humillarse y suscribir, con sus actitudes y comportamientos, una patente de corso para la eterna seguridad a todo tipo de autocracias en este continente. Al buscar solidaridad continental para la libertad, hemos encontrado fecunda acogida para guarecer la tiranía.

Y algo muy peculiar ocurrió en la fatalidad de nuestro destino. Todas las insinuaciones que por mucho tiempo resaltaron las apariencias resultaron fatuas, falsas e infundadas. No éramos ni fuimos nunca ricos, pero tampoco lo llegamos a saber conscientemente con sustentables fundamentos y razones. Jamás nos percatamos de que la prosperidad de la hacienda colectiva entrañaba algo más que la capacidad de gastar de una minoría aventajada o la cuantía considerable de unos recursos ocultos en las entrañas prolíficas de nuestro subsuelo. Un bienestar sin fundamentos firmes y, por tanto, fingido y efímero, no pocas veces se ha tornado en señuelo y preludio de una futura indigencia que ya en estos mismos días, signada como una siniestra amenaza después de una década de un extravagante libertinaje, se nos aproxima peligrosamente. De una manera engañosa asociamos la riqueza, entendida como bienestar permanente, al boato y a las expresiones fingidas de una satisfacción ocasional.

Nos resistimos a entender que la prosperidad, para que sea permanente, sólida y sustentable no puede inscribirse de forma aislada en las estadísticas materiales sin acompañarlas del ascenso de su gente en los peldaños culturales de la sociedad, de su aptitud para asimilar los conocimientos y las tecnologías más actuales y provechosas, de proveerse de las destrezas más útiles, para que todos puedan enfrentar la desafiante faena de hacer riqueza nueva fraguada en los afanes del esfuerzo y el trabajo. En su lugar, este socialismo ignaro ha creado una súbita legión parasitaria que, por el arte funesto de los malabarismos cambiarios —con un control de divisas descompuesto y absurdo—, ha crecido en la pervertida convicción de que es posible lograr bienestar pleno sin esfuerzo alguno. Olvidaron nuestras políticas públicas que solo alcanzaremos y consolidaremos el desarrollo con la multiplicación de escuelas de primera, con la dotación de facilidades para el logro de la más alta calidad competitiva de nuestras universidades y con la promoción de avanzados centros de investigación y divulgación científica, que nos provean de los medios realmente efectivos para superarnos.

Atascados en el retraso social nos quedamos rezagados en una idea que, por primaria y escueta, ha sido falsamente reivindicadora. Aludimos a los proyectos de una universal alfabetización sin integrarla a propuestas dirigidas a consolidar el desarrollo y el bienestar, y todo se ha perdido en la vacilación confundida de muchos proyectos extraviados. Enseñar a leer y escribir es algo primordial, pero de poco o nada sirve si no se busca extender esos avances incipientes que, en su propia precariedad, se han adulterado o deformado por la

descalificación prejuiciada de toda innovación tecnológica diversificada, no pocas veces acusada de una supuesta procedencia imperial extraña a nuestra propia identidad. Confundir al ciudadano liberado del analfabetismo con la ilustración mentirosa de un pensamiento único y una ideología imperativa es regresarnos a la oscuridad inquisidora de unos Torquemada. Ha prevalecido siempre un miedo a todo lo nuevo y lo distinto capaz de saltar los prejuicios de una élite vetusta y retrógrada, aunque audazmente retocada de renovadora y siempre autocalificada de actual y moderna. Y esta élite presidirá la agenda de nuestros desvelos en una era en la que aún sus consignas estaban amparadas por la ilusión que alentaban las promesas de una literatura radical, que hasta hace poco se mantenía exenta de frustraciones por la simple razón de que nunca había sido sometida a la prueba infalible de la historia. Nos resistimos, además, a concebir la riqueza en su expresión intangible más copiosa y renovada, traducida en su dimensión más inestimable: aquella que por la multiplicación infinita de sus repercusiones se recoge en el resguardo de las instituciones y las leyes.

Y si alguna transgresión al espíritu de nuestros códigos se constata en las maneras colectivas de nuestros comportamientos más insanos es la violación permanente y cotidiana del derecho de propiedad en Venezuela. La histórica expresión anarquista de Proudhon de que la propiedad es un robo, adquirió entre nosotros categoría imperativa para su fidedigno acatamiento, un arbitrio inapelable para confundir la conciencia de nuestras mayorías, de manera que en el abuso impune de una invasión incesante de propiedades públicas y privadas se sustentaran los pervertidos fundamentos para abrirle imaginarias esperanzas a las más sentidas aspiraciones de nuestro pueblo. Como en los derechos de propiedad, en los frutos del trabajo y del ingenio del hombre se sustenta la libertad individual y en esta, a su vez, arraigan todos los derechos implícitos a la humana condición, pero entre nosotros lamentablemente de manera calculada torcimos las interpretaciones para que en los predios de alguna ideología política irresponsable se le abriera brecha franca a la engañosa creencia de que la propiedad individual era el instrumento para imponer la tiranía, la opresión privilegiada de las clases y las ventajas detestables de la más oprobiosa desigualdad. Por ese género de deducciones del proselitismo más rudimentario de nuestra política, se invadió masivamente la propiedad pública y privada de terrenos ubicados en las que fueron en el pasado relegadas periferias urbanas, las cuales proliferaron como hongos agresivos alentados por el grotesco negocio de la vivienda informal, el cual profusamente

ramificado extendió su voracidad hasta ubicarse en el casco inmediato y céntrico de nuestras ciudades. Con la violación cotidiana del derecho de propiedad sobre terrenos invadidos habíamos cumplido la más trágica de las faenas colectivas de la Venezuela actual: construir en apenas pocas décadas un país inundado de indignos y precarios ranchos. Este fenómeno erróneamente atribuido a los calores tropicales tiene sus orígenes en el alevoso irrespeto a la propiedad invadida. En las regiones templadas y avanzadas el frío no es el que ahuyenta el rancho. Es la propiedad resguardada la que impide la invasión de terrenos donde solo prospera la morada más inhóspita.

Y para reafirmar las rutas que nos llevaron a nuestro definitivo retraso, desde otra dimensión no menos perversa creímos —con el desamparo inadvertido de los dogmas mercantilistas del siglo XVIII— que las aparentes gratificaciones de la opulencia en las arcas de una monarquía metropolitana entrañaban un logro en provecho de la sociedad. Esta concepción sustentó la expansión sin límite desde la remota antigüedad colonial de la economía patrimonial de la Corona y alcanzó su más exacerbado desenfreno en los últimos cien años de esta república. Y cuando vimos que la prosperidad se aproximaba en su forma embrionaria en una eventual iniciativa presuntamente liberada y desprendida de algún cerco estatizante, acudimos a la represión más hostil para estrangular su posibilidad de sobrevivencia. A la manera del maoísmo más salvaje, nos declaramos inconsultamente enemigos confesos de los espíritus forjadores de riquezas. Eso fue lo que ocurrió desde los días coloniales, cuando los tesoros de la Corona llegaban, en forma de despojos, hasta aquella sociedad colonizada, exhausta y sometida. El Estado —y jamás la sociedad— se concibió desde hace cinco siglos como el depositario legítimo de las riquezas nacionales.

Desde esa perspectiva de nuestras confundidas estrategias se fue perpetuando y extendiendo a lo largo de los dos siglos de la república aquella despistada convicción, la cual se consolidará de manera definitiva con la súbita llegada del petróleo. No advertimos a tiempo las mentiras ocultas del socialismo y la gestión planificada de la economía; tampoco quisimos comprenderlas y asimilarlas en la trascendencia de sus repercusiones colectivas más perversas. Las confundíamos, en atrevidas y falsas conjeturas, con las ideologías modernizadoras del progresismo, negadoras de todo concurso provechoso a las gestiones de la sociedad productiva que pudiera crecer y prosperar al margen del Estado, y a cuyos dominios nadie podía desafiar cuando de alguna manera podían representar una amenaza competitiva frente a los entes públicos y sus



congéneres. Por miedo a ser desplazado, el Estado creció abrumadoramente y ha dejado a la sociedad en el desamparo más deplorable.

El acentuado estatismo caudillesco que hemos padecido no fue tampoco producto de una aventura súbita suscitada con ocasión de un despliegue alevo- so del despotismo militarista posterior a la Independencia. Fue un proceso que contó muchas veces con el auxilio de la inteligencia nacional más esclarecida. El caso de Fermín Toro y otros compañeros de su generación se analizan con especial interés para advertir la impensada contribución que algunos próceres civiles, con centenaria anticipación a los positivistas, ofrecieron a los paladines del cesarismo. De la revisión de su pensamiento se concluye cómo en estas latitudes, desde remotas instancias, la idea de la democracia que aquí ha predominado se inspiró en la fuente roussoniana de un militante racionalismo colectivista, abiertamente confrontada con la tradición inglesa de John Locke y del liberalismo individualista de Alexis de Tocqueville, para quienes, en la agudeza fecunda de sus reflexiones, las diversas interpretaciones de la democracia podían conducir a destinos opuestos: a una libertad plena o a un despotismo arbitrario.

En esas raíces ideológicas de una democracia colectivista se afinca la razón de los contrastes donde reposa la explicación de nuestras frustraciones y no pocos de nuestros desconciertos. La democracia de la voluntad general colectivizada, aunque contraria a la libertad de los hombres, desplazó a la democracia que resguarda los derechos individuales más genuinos y en los cuales se afincan los derechos solidariamente compartidos. El caso del doctor Domingo Briceño Briceño recoge un sorprendente y excepcional testimonio de anticipada y precursora modernidad en su concepción de la democracia verdadera, que dejamos abandonada y sin posibilidades desde las más tempranas horas de la primera década de la república nacida a raíz de la muerte del Libertador. Pero al ser estas ideas desoídas en su tiempo, para nada o para muy poco van a servirnos un siglo más tarde.

Pero ocurrió también que muchos de los próceres civiles de todas las épocas, con un mayor acopio de ilustración y capacidad de proyección en sus luces intelectuales, no fueron muy eficaces en imprimirle mayor consistencia creativa a la vocación democrática que con tanto ahínco intentaron sembrar en nuestro pueblo. En efecto, ellos tampoco advirtieron las razones por las cuales debieron mirar con mayores temores y con más acuciosa sospecha el ejercicio de la

fuerza hegemónica que desde temprano ejercieron los próceres de la guerra en la creación de un Estado autoritario. Las virtudes republicanas, las prácticas militantes de un civilismo vocacional solo podían surgir y sobrevivir de la convivencia y participación activa del ciudadano en la sociedad, y nunca de su concurso en funciones vinculadas a los intereses y compromisos de los dueños absolutos del Estado. Por eso, Thomas Paine, en las primeras reflexiones de su *Common Sense*, aquel evangelio cuyo mensaje tanto sirvió a la liberación y a la consolidación de la libertad y la democracia en la América del Norte, afirmaba: «... la sociedad se origina y se promueve por nuestras necesidades, el gobierno por nuestras maldades y perversiones. En la sociedad la felicidad se gana de manera positiva, por la convivencia de nuestros afectos; en el gobierno, de manera negativa, por la persecución y la restricción de nuestros vicios». Privados de ideas como estas, acogidas por aclamación en otras latitudes, no advertimos a tiempo y con genuina convicción los riesgos que para la eternización de la pobreza entrañaba la hegemonía inconsulta del Estado.

La política de prevalencia de los dominios públicos, históricamente admitida por nosotros en relación con algunas áreas de nuestra economía, fue extendida ciegamente al universo sin fronteras de un Estado mayestático y leviatánico. Desde muy temprano la presencia del Estado había adquirido entidad autónoma frente a una sociedad subalterna férreamente sometida a su superior jerarquía. Con esos precedentes, el Estado fue abandonando su misión de instrumento para el beneficio de la gente y se tornó en la suma de todos los poderes al servicio exclusivo de una minoría. Su condición privilegiada no solo monopolizó el derecho al ejercicio de la fuerza, sino que sus prerrogativas se expandieron sin encontrar nunca límites a un campo infinito de incuestionable predominio. El Estado, que en los textos originales del marxismo se consideró vasallo y brazo ejecutivo de una clase burguesa dominante a cuya potestad se había rendido, en la versión de su figura contemporánea en Venezuela se ha convertido en palanca discrecional de una oligarquía cívico-militar sordida, insolvente y por múltiples vicios cuestionable. Y en esa concepción de una jerarquía sin restricciones para un Estado omnímodo es necesario incluir a los partidos políticos, que en el texto de sus doctrinas, salvo en las excepcionales instancias de una ocasión estelar de nuestro fugaz proceso democrático, siempre han dejado recluida y despojada de toda relevancia a la sociedad civil, a la cual nunca se pudo concebir como ente vital donde se forjan, reposan y fortalecen los derechos esenciales de la ciudadanía.

Aun cuando con un espíritu más condescendiente el Estado considerara los aportes de los emprendedores libres en algunas áreas cruciales del desarrollo, en la realidad de los hechos este concurso se apreció como deleznable e inadmisibles al someterlo siempre al estrangulamiento de los controles y de todo tipo de exigencias perturbadoras de la actividad productiva y libre de la economía. Se instaló así el mito reverencial del dogma de las empresas básicas de la economía. Esos aportes del orden productivo cuando se ofrecieron ajenos al Estado se apreciaron como unos intereses en conflicto con los sagrados de la sociedad, invadidos por vicios incorregibles e ineptitudes insuperables de tan vasta perversidad como para confiarles el rol de activos intermediarios que pudieran, de alguna manera, asumir y ejercer un comando capital en la gestión y creación de la riqueza nacional. Nunca será fácil comprender por qué nuestras mejores inteligencias no pudieron admitir que, sin identificar y recurrir a las ejecutorias de la gestión de la libre empresa en la creación del bienestar, resultaba más que imposible hacer una sociedad próspera, rica y sustentable.

En Venezuela, un Estado dueño de todos los recursos se convirtió en árbitro y señor de la vida nacional. La sociedad se hizo por excelencia una entidad sometida, subalterna y parasitaria de los poderes públicos. No nos percatábamos de que en las naciones que han alcanzado el desarrollo dentro de un porvenir de expectativas deslumbrantes, la riqueza surge y ha sido sostenida esencialmente por la sociedad productiva. El Estado solo puede contar y disponer con estabilidad una riqueza compartida y creciente cuando la sociedad asume el control de las fuentes primordiales para fortalecerlo. Nosotros hicimos todo a la inversa. El Estado pletórico y opulento, con apenas unos logros para complacer las apariencias simuladas de un poder falaz como ninguno, se fue quedando con todo y jamás pudo distribuir lo que recibió del orden espontáneo sin emprender ningún esfuerzo sostenible y confiable.

Y ocurre algo mucho más grave aún. La nacionalización del petróleo —que fuera alguna vez emblema definitivo de nuestra soberanía— se ha convertido en la forma más expedita para consolidar un manejo privatístico y ajeno a toda previsión dirigida a resguardar la riqueza nacional. En el manejo de nuestros recursos petroleros ha prevalecido una discrecionalidad absoluta, ejercida por quienes administran presuntamente en nombre del Estado los recursos que pertenecen a toda la nación. El Estado no siempre actúa en obsequio de la sociedad. Pues bien, nada en Venezuela se ha hecho más genuinamente privado que los haberes públicos que, al aparecer de forma fingida como propiedad co-

mún de todos los ciudadanos, se transforman y luego se transfieren en la oscuridad de la más absoluta incertidumbre al dominio arbitrario de un poder que, por imperio de su fuerza, se convirtió en dueño reservado y exclusivo. En este ensayo proponemos fórmulas para que el petróleo y los recursos naturales del país se transfieran definitivamente a la sociedad y se rescaten de manera definitiva de las garras discrecionales de los personeros de una forma de Estado que, de una representación de un ámbito jurídico que se presume colectivo, ha devenido arbitrariamente en el más individualista y personalizado de los dominios. La nacionalización así concebida se tornó, de una formulación diseñada para proteger la riqueza y la soberanía nacional, en el mágico arbitrio para destruirlas y disiparlas en provecho de una oligarquía usurpadora y rapaz.

A lo largo de nuestra tormentosa historia solo hemos podido alcanzar una condición dignificante para el resguardo de nuestros recursos colectivos —con la presencia activa de un calificado mérito institucional— cuando hemos tenido la fortuna de consolidar algunos empeños civilizadores adelantados por algunos liderazgos que pudieron imponer, por algún tiempo, una efectiva vigilancia de un orden republicano ejemplarmente moralizante. Fueron los días fugaces en los cuales alguna conducción excepcional pudo prevalecer en momentos señeros de nuestro pasado. Pero una nación responsable de sus quehaceres no puede estar de forma vitalicia jugando a la ruleta de los avatares de la buena suerte y a la fortuna de una eventual contingencia.

La nacionalización dejada a la discreción de un Estado, cuya rectoría responsable nadie puede garantizar, es un riesgo histórico que una sociedad no puede asumir de ninguna forma. Entre nosotros, paradójicamente, el Estado ha actuado con la mayor frecuencia como la más individualizada y particularizada de las instituciones nacionales. En consecuencia, la sociedad no puede seguir permitiendo que el desbordamiento de la gestión política nacional pueda dar lugar a que, por la vía de un acceso factible y expedito de cualquier intromisión, la gestión de una rapiña alevosa e incontrolada nos conduzca otra vez a ocasionar la destrucción del patrimonio común de todos los venezolanos.

Y una de las rutas de mayor validez para entender este fenómeno es indagar alternativas para arribar a formas distintas de concebir y comprender la función política. Modernas concepciones de la teoría política, vistas desde el ángulo crítico y de la metodología del comportamiento económico diseñado por la ciencia desde que Adam Smith le imprimió universal acatamiento, están pro-

pagando luces sobre nuevas perspectivas para avanzar en el futuro inmediato hacia una mejor comprensión del orden político. Consisten esas especulaciones en un híbrido conceptual que, a partir de las transacciones materiales de la economía, intenta penetrar y dilucidar las formas del comportamiento del hombre en la política. En el desempeño de su función política, el hombre público no se comporta de manera distinta al hombre económico en sus relaciones de intercambio material. Pero nosotros hemos creído, desde los tiempos remotos de la redacción de nuestra primera Constitución de 1811, en unas estructuras románticas en el diseño de la concepción del Estado. Hemos asumido y fomentado la idea de un Estado siempre bienhechor, incapaz de infligir a nadie daño o perjuicio alguno. Somos así el testimonio histórico más perfecto de una experiencia colectiva en una sociedad donde la ley se ha consagrado como la más irrespetada de las instituciones y, no obstante, bajo ese contexto descaradamente informal de un proceso pernicioso, a cada instante y como fórmula redentora propiciamos una reforma constitucional para que, con la fatalidad más esperable, como tantas otras veces, sea frustrada y transgredida.

Bajo esta trama de deducciones y premisas se hace aquí una revisión de la teoría del «Public Choice» o de las «escogencias públicas», una visión ingeniosa de la política que en la academia americana fundó James McGill Buchanan, por cuyas investigaciones en el área recibió el Premio Nobel de Economía en 1986. En ese espacio académico de inquietudes compartidas e instituidas desde hace medio siglo en muchos países, se inició la indagación de provechosas especulaciones a partir de las cuales se han podido comprobar nuevas maneras de entender el orden político, concebido como un fenómeno humano que responde en sus motivaciones a los intereses de los participantes en la política, no pocas veces reñidos en sus comportamientos con las formulaciones idealistas de un Estado concebido como dispensador de todo género de bienestar posible.

Cuando el Estado sustituye a los mercados, acusados estos de toda ineficacia, los agentes que participan en la política —votantes, burócratas y grupos de interés— promueven en su propio beneficio los resultados de sus actuaciones. No se trata desde luego de una acusación contra los gestores de la política, sino una manera de escrutar las motivaciones y razones éticas en sus acciones. El interés propio, la gloria, el prestigio, el poder son elementos concurrentes en la inspiración del liderazgo social y político. El Estado, al pretender resolver todos los problemas, no pocas veces se torna en el problema mismo. Reiterada y ostensiblemente aparece como el más eficaz causante de las desviaciones en la

creación de la sociedad próspera y avanzada a la que todos aspiramos. En el mundo intelectual o académico de Venezuela, apenas en aislados esfuerzos individuales se revisan esas ideas innovadoras. Ninguna universidad nuestra ha promovido un estudio crítico de esas tendencias ni se ha interesado en encontrar, en el resultado de sus investigaciones, ideas o propuestas que puedan ser provechosas para el diseño de un Estado con perfiles más modernos que aquel que ha sido creado por esta república. Y no se trata de reintentar otra reforma gestonaria del Estado, lo que a la postre a nada útil nos ha conducido en términos reales y concretos. El Estado que hemos conformado no oculta ningún rasgo que nos incline a pensar en la posibilidad de su reforma. Es algo aún más trascendente.

¿Y cómo y con el auxilio de cuáles estrategias lograremos alcanzar la prosperidad y la riqueza que creíamos tener para siempre aseguradas? El camino hacia la consumación del éxito consiste, sin duda, en un proceso relativamente fácil de definir, pero largo, difícil y proceloso. Ofrecerle y conferirle al orden económico de la sociedad la libertad que la discrecionalidad del intervencionismo estatal le ha venido escamoteando, entraña en esta hora fatídica una de las más perentorias urgencias nacionales. Mientras la inversión privada propia o extraña esté entorpecida por el dirigismo estatal, la riqueza venezolana no será posible. La inversión nacional o extranjera, con su caudal concomitante de una continua y creciente tecnología transformadora, no podrá venir jamás en nuestro auxilio mientras permanezca perseguida o hipócritamente permitida. En ningún rincón de la tierra las grandes faenas exitosas y celebradas en favor del desarrollo de los pueblos han estado concentradas en las iniciativas exclusivistas y monopólicas del Estado. Venezuela, por su ininterrumpida tradición estatizante de cinco siglos, es un testimonio más elocuente que ningún otro. Incluso, el absolutismo socialista soviético apenas perduró durante siete décadas. Si algún aprendizaje útil podemos derivar de estos lusteros perdidos del desafortunado siglo XXI venezolano, es precisamente poder ilustrarnos con la rudeza implacable de esta perturbadora catástrofe sobre lo que nunca más debemos emprender o promover, y menos aún tolerar o permitir. Muchas economías se han desarrollado en estas décadas con el paso de una generación y esas ejecutorias de progreso han permanecido ajenas a las posibilidades de nuestra experiencia. En este trabajo intentamos buscarlas y analizarlas.

Y este ensayo no es un desafiante y frontal libelo contra el Estado. Es un alegato contra sus excesos hegemónicos. La gran transformación que está aplazada, pero pendiente como un desafío frente a nosotros, es una colosal empresa colectiva que, como una ovación sin término, multiplique el concurso del conocimiento y la modernización para concebir, frente a una tradición secular, maneras innovadoras de entender la misión de la sociedad, de la política y del Estado. No se trata de quedarse en el treno y el canto fúnebre de una sociedad con una cultura enteriza condenada a la inercia moribunda y sin ánimos ni esperanzas de cambiar. Es precisamente después del curso dramático de tantas caídas que nos han atormentado, un tiempo suficiente para percatarnos de que nunca es tarde para empujar y consumir las grandes rectificaciones. Corregir extravíos sigue siendo una manera encomiable de triunfar.

Venezuela, después de haber actuado de manera ejemplar en los puestos de vanguardia en la formación política independiente de este continente, ha podido crear una sociedad que, de manera inexplicable, se ha erigido como el insólito testimonio de una vivencia histórica que, con la disposición de vastas e infinitas riquezas naturales, ha puesto en ejecución las formas más increíbles y eficaces para devorarlas. Y esa obra deplorable, aunque en estos últimos años ha alcanzado connotaciones obscenas, procede de concepciones ancestrales, cuando en los días coloniales se entregó la gestión pública de nuestra economía al mercantilismo centralista de la Corona española, y luego, en varias épocas de la república, a la cúspide hegemónica de un Estado ineficaz, no pocas veces autocrático, corrompido y manirroto. Con la llegada del ensayo del socialismo ejercido en sus formulaciones más encendidas y radicales, la pobreza cunde y se expande cuando asimila y consolida casi por antonomasia carta de nacionalidad venezolana.

En cambio, la sociedad productiva de una vasta invención transformadora, la que impulsó el desarrollo de los emprendedores individuales —concebidos en las sociedades ricas del mundo como la entidad más genuina en la creación de riqueza—, la que en tres siglos construyó la revolución industrial y científica, la que abrió los campos a las sorprendentes tecnologías de la comunicación y de la Internet, la de la investigación avanzada que ha transformado la medicina, la agricultura y los procesos industriales y gerenciales en la economía libre del mundo contemporáneo, ha sido siempre identificada en Venezuela como una oligarquía, una minoría retrógrada que desprecia el empeño redentor de una presunta revolución invisible y ausente que, como una promesa fraudulen-

ta, no nos llega nunca y nos ha dejado esperando por largo tiempo el bienestar que los venezolanos merecemos. Displicentes presenciamos cómo de modo tan ostensible vecinas sociedades del continente nos están dejando atrás.

Para no dejar en el olvido algo que puede habernos traído no pocos de nuestros graves desvaríos, debemos indagar con más cuidado un rastro tallado desde muy temprano en el espíritu del venezolano: el culto reverente a las figuras más egregias en el ejercicio del poder y el mando. Es el culto histórico de nuestra sociedad a la personalidad de un hombre cumbre que se eleva por encima de todos los demás. Con el culto a Cristóbal Colón trajimos, como en una adhesión inevitable, la ancestral veneración hispánica a la figura legendaria del Cid Campeador, cuya imagen de gran condotiero había servido a la evocación heroica de los sucesos peninsulares que se impulsaron a partir de sus hazañas para la liberación de España frente a la dominación de ocho siglos de los moros.

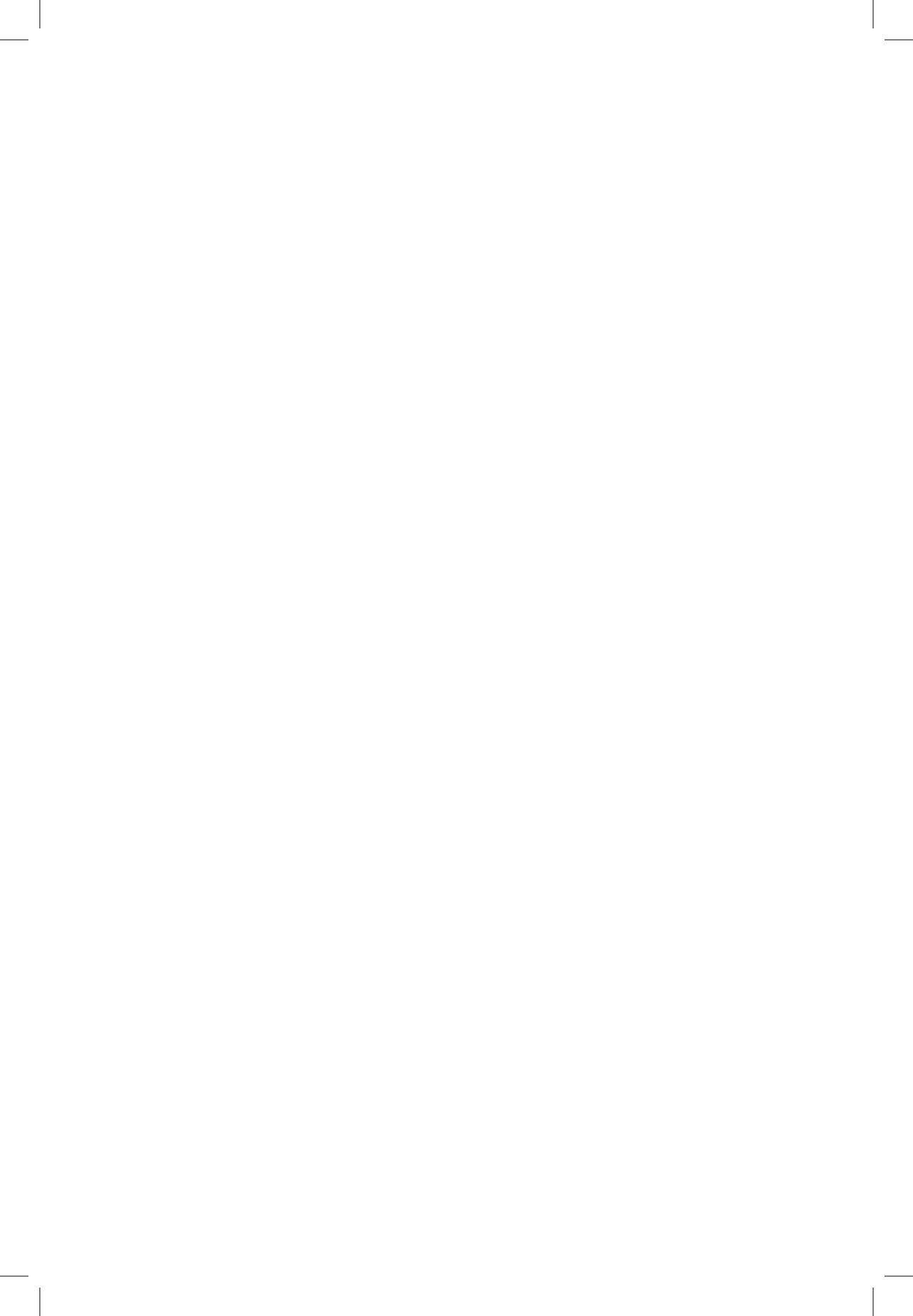
Observemos cómo ningún navegante supremo acompañó en su travesía al elenco de los peregrinos del *Mayflower*. Ellos eran perseguidos que no venían como Colón financiados por la Corona de su reino. Ni William Bradford —autor de la única crónica del viaje y segundo gobernador de la colonia elegido por tres décadas— ni John Carver —un puritano de importantes recursos económicos, cuyos significativos aportes hicieron posible la expedición— fueron ante su reina a buscar barcos y franquicias para aquella aventura. Fue una faena sin Estado. Ni sus vástagos, siglo y medio más tarde, jamás pretendieron levantar un templo votivo a la efigie de un Libertador Supremo. Washington no actuó solo, ni su nombre se ha consagrado o perpetuado por encima de los demás. Todos, John Adams, Thomas Jefferson, James Madison, Alexander Hamilton y muchos otros, serán los Padres Fundadores, quienes en compartida admiración histórica serán reconocidos como los creadores de una gran república a cuya posteridad van siempre a servir, no como la deidad de un tótem sino como reserva esclarecida de un ejemplo perdurable. Pocahontas no es un Guaicaipuro llevado a los panteones de la patria. Ezequiel Zamora, general del pueblo soberano, y hasta su antecesor, José Tomás Boves —consagrado, por la venia de un salvoconducto al populismo más ignaro y dispendioso, como el primer jefe de la igualación social venezolana—, rubrican con su vacua iconografía la sempiterna devoción venezolana por el personalismo y los alardes de la gesta y el fetiche. Allí radica, sin duda, una fuente cultural de la penumbra de nuestra larga adversidad. Y esa inclinación reverencial por el poder de un hombre, que sin pudores ni recatos se proyectará en los cenáculos más esclare-



cidos, encuentra en el militarismo y sus proezas, ciertas o presuntas, un concierto animado de una legión de untuosos y sumisos, siempre prestos a toda lisonja impúdica.

Las reflexiones aquí planteadas no son ni aspiran a una plenitud en su originalidad más prístina y absoluta. No son ni podrán serlo nunca porque en las complejidades sociales no existen juicios innatos que alguien, en un entorno fecundo y diverso de múltiples inquietudes, alguna vez haya podido esbozar o proponer con alguna formalidad. No es este —ni aspira a serlo— el umbral del genoma de unas ideas o creencias antes por nadie pensadas o sugeridas. La cultura y las maneras de los pueblos, por sabidas, repasadas y hasta no pocas veces olvidadas, nunca entrañan el final definitivo de una jornada inacabada. En la física o en la ciencia del mundo natural, aunque inusuales, los arquetipos inéditos pueden tal vez identificarse con más segura precisión. No así en el mundo cambiante e indescifrable del humanismo y de la historia de las ideas.

Y para darle sentido a estos menesteres de una fecunda colaboración, debo agradecer los encuentros y diálogos provechosos que, en ratos fraternos, mantuvimos con Guillermo Morón, cuando intercambiamos y transamos ideas sobre la historia venezolana y sus vicisitudes. Él, con la misma sabiduría de su gran ductor y maestro, el viejo Chío Zubillaga, con quien en los años 1940 se congregaba en aquella suerte de universidad abierta de su entrañable recinto caroreño, se dedicó a leer y corregir estas páginas con paciente y desprendida generosidad. Después de una plausible acogida, le pedí que escribiera el prólogo, de modo que con el prestigio de su obra intelectual tan vasta y diversa acompañara estas páginas. Bien lo justificaba el crédito de una amistad y un afecto entrañables de más de medio siglo. No sería justo entregar estas letras para su impresión sin dejar constancia de la inapreciable cooperación que, para su edición final, significó el aporte profesional de Maribel Espinoza, sin duda una de las más calificadas expertas en el oficio de organizar y llevar al público todo género de publicaciones.



## Capítulo I

# La veneración del mito

**«Muchos correos vienen acá cada día y las nuevas acá son tantas y tales, que se me increspan los cabellos todos de las oír tan al rebés de lo que mi ánima desea. Plega a la Santa Trinidad de dar salud a la Reina, nuestra Señora, porque con ella se asiente lo que ya va lebandado». «Acá mucho se suena que la reina, que Dios tiene, ha desado que yo sea res-tituido en la posesión de las Indias» «As de trabajar de saber si la Reina, que Dios tiene, dexó dicho algo en su testamento de mi».**

CRISTÓBAL COLÓN en cartas a su hijo Diego de 1.º y 2 de diciembre de 1504.

**«Cuanto más oro llega, menos tiene el reino [...]. Aunque nuestros reinos deberían ser los más ricos del mundo [...] son los más pobres, porque sirven sólo como puente para que el oro y la plata vayan a los reinos de nuestros enemigos».**

LAS CORTES DEL REINO, 1600.

Pedro de Valencia, observador español, escribió en 1608: **«Tanta plata y tanto dinero... han sido siempre un veneno fatal para las repúblicas y ciudades. Creen que las mantendrá el dinero y no es cierto; lo que proporciona sustento son los campos arados. Los pastos y las pesquerías».** Otro se quejaba: **«La agricultura abandonó el arado y se vistió de seda, ablandando sus manos encallecidas. Los oficios adquirieron aire de nobleza y se lucieron por las calles».**

## Las fábulas traídas de España, aquí se quedaron

Si algún rasgo se expresa en la estampa imborrable de nuestra cultura desde nuestro pasado más remoto es el de una férrea y constante vocación por el mito. Esa inclinación a la leyenda y la ficción perdura con insistencia en la conciencia histórica del venezolano de todos los tiempos. Aparece en situaciones y modos de reaccionar ante los eventos capitales de su proceso colectivo. No se queda en la imaginación de los primeros viajeros y pioneros de la Conquista, en el hallazgo y

el asombro del primer encuentro, sino que subsistirá en los que van a asistir más tarde a las vivencias del curso más apacible de los siglos coloniales. Será un pasado tenaz, empeñado y resistido a no marcharse nunca. Y en los días de la epopeya sangrienta y larga por su autonomía, el culto merecido a la exaltación de la gesta sacrificada de los libertadores servirá de aliento para cultivar anhelos imposibles en las promesas juradas y nunca cumplidas de los caudillos de una redención que nunca llegará. En tiempos más contemporáneos, la aparición de la súbita bonanza petrolera incitará el resurgimiento de aquellos tratos ancestrales de asimilación y convivencia con la pasión y la fábula en torno a la riqueza y la fortuna.

En la tradición judeocristiana de nuestra cultura el mito no tiene la significación, la dimensión y el sentido que adquirió y perduró en las antiguas religiones paganas que precedieron al cristianismo. En estas reportaba un trasluz de la realidad ubicada en los confines de lo sobrenatural. En la evolución de las costumbres que transcurre desde nuestro pasado más lejano, la leyenda no es una verdad en el sentido de la certidumbre más confiada y firmemente asentada en la conciencia colectiva, pero significa al fin y al cabo una manera de identificarse con ella. Es un modo casi mágico con que los pueblos tratan de descifrar con el verbo, con la memoria y con los símbolos transmitidos por las tradiciones más antiguas la raíz de sus creencias. Y con el juego de esos supuestos ponen a su servicio la intuición y la imaginación creativa para remontarse al presunto origen de las circunstancias que lo evocan para traducir, en sus peculiares maneras, aquellos enigmas y misterios que no encuentran explicación en el orden dictado por la racionalidad. No pocas veces, frente a alguna coyuntura, en algún instante que se pierde en el recuerdo de la narrativa del pasado de un pueblo, el mito se impone cuando deja de ser la quimera de un sueño y se confunde con su historia misma.

La versión de los símbolos y de las creencias enraizadas en la gente se va transformando en rasgos de usos y evocaciones que se perpetúan en expresiones ya frecuentes y comunes a todos. Y así perduran hasta que ellos se inscriben para siempre en la mentalidad de un pueblo. Las realidades que se asimilan como implícitas en las motivaciones y en las creencias populares, aunque no respondan a las evidencias racionales, en su dimensión histórica son vínculos que imponen pautas al comportamiento colectivo e incluso contienen elementos que servirán de referencia a las especulaciones de la historia.

Para los griegos y romanos el mito era una manera de explicarse los misterios del acontecer ignorado o incomprensible. Nosotros, cultores del cristianis-

mo, con nuestras raíces hundidas en los ancestros de un racionalismo más alerta y advertido, no abandonamos sin embargo las versiones de la imaginación que luego se tornarían en expresión de ideas inexplicadas que, para buscar sentido en las maneras del humano entendimiento, se expresarán en la magia de la creación literaria como ocurrió, por ejemplo, en los versos de los grandes poetas, en sus cantos y estrofas inmortales.

De allí que el relato mitológico recogido y expresado en la simbología de una metáfora se torna con facilidad en un recurso del lenguaje cotidiano de la gente, a través del cual invoca su pasado. Y hasta en la forma de expresar las ideas y sus enigmas se evidencia un modo colectivo de ser, de reaccionar y comportarse las sociedades de nuestro tiempo. Son formas de hacerse un eco del pasado, que es percibido, asimilado y difundido en el espíritu y la voz de la gente a través de una leyenda. Por eso podemos decir con aquel mismo sentido metafórico del lenguaje: una muchedumbre de imágenes de la ficción y de la fábula, más numerosa que la gente misma, fueron los ocupantes más conspicuos y exaltados aquel 3 de agosto de 1492, cuando abordaron las carabelas de Colón.

Esas figuras de la utopía venían en todo y con todo: en las almas de los navegantes, en las indumentarias y atavíos de su equipaje, en las fibras de sus entrañas, en la voluntad invencible de aquellos hombres. El ensueño de una imaginación sin límite acompañaba en una algarabía más ruidosa que las voces las ambiciones proyectadas en los espejismos de aquellos aventureros. Esos sueños del encanto y la ilusión sin freno ni frontera, entrañaban la carga más significativa y prominente para la misión de tan audaz travesía hacia lo desconocido. Sin el abordaje en tropelía de ese torbellino de quimeras, aquel viaje sin destino para un mundo de maravillas no hubiera sido posible. Sin ellas, el menor contratiempo, el más ligero percance agregado al riesgo de la incertidumbre, los induciría al caos del desconcierto. La sola vacilación los hubiese condenado a tomar el atajo más inmediato y expedito: rendirse y sucumbir.

Esa carga de veneración utópica no se vino a este mundo desconocido y extraño, en un tiempo enigmático y en aquel lance sin destino cierto, como un polizón ocioso e improvisado en el arrebató de una aventura enloquecida. La ilusión y la fantasía eran para aquella hazaña de la incertidumbre, para aquellos castillos en el aire, los únicos alicientes que podían aliviar el miedo, enfrentar el vaivén de las dudas, socorrer el pánico y el desaliento de las más desconcertantes conjeturas: querían emprender esa peripecia de infinitas incógnitas solo con

la ayuda de una entelequia amarrada al ancla de una presunción y una esperanza sin concierto. Sin el mito de un hallazgo de algo maravilloso, que en aquel entorno inhóspito parecía imposible, el descubrimiento de América se hubiese postergado o hubiera sido hazaña de ajena estirpe, pues no hubiese resultado viable en aquella contemporaneidad temprana de las postrimerías hispánicas del siglo XV. España era entonces una nación incipiente.

Para emprender su aventura, esos hombres invocaban el asombro de unos mundos inmensos, infinitos y cautivadores que servirían de asiento a una riqueza inagotable y prodigiosa, un paraíso a ellos reservado para el sosiego perdurable de una felicidad nunca conocida o sospechada. Y el precursor de aquel concurso de ensueños, el fabulador primordial, aquel cuya imaginación jamás será alcanzada por ninguno de sus compañeros de travesía, el que llegará a la cumbre en la vela más alta de sus desvaríos, el soñador supremo, será el Gran Almirante de aquella jornada impar, y no ningún anónimo, ni uno cualquiera de aquellos osados navegantes seducidos por el furor de su elocuencia. Don Cristóbal Colón, deslumbrado por los parajes con árboles corpulentos e intensos en su verdor frondoso cercanos al mar, al bautizarlos como «Tierra de Gracia» los identifica no como algo terrenal y propio de este lado del mundo: en su perplejidad mira todo aquello como algo ajeno y trascendente, como si se le descubriera ante sus ojos el mismo Paraíso Terrenal. Aquellos idílicos paisajes le sugerían los ya transitados en la descripción inspirada de los relatos del Génesis, asumida sin linderos ni vacilaciones por los hombres de su tiempo.

Y en la prosa renacentista vertida en su célebre «Carta a los Reyes Católicos», su imaginación mística discurre como si leyese en un remoto pergamino el texto de un evangelio que lo induce a decir:

Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada; y en ello ayuda a sí mismo una suavisima temperancia. Y si de allí del paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo.

Eran los brazos caudalosos en los que, en su trecho final, ya dispuesto a morir, se bifurca el Orinoco. Es el momento en el cual el padre de nuestras aguas dulces se derrama hacia las profundidades en las cada vez más salíferas aguas del océano, en este costado de Occidente por primera vez encontrado.

Y fue así como el mito y el ensueño de aquel primer encuentro vinieron a quedarse para siempre en estas tierras y en el alma entrañable de nuestra América mestiza. Y esa mentalidad de impresionadas maravillas, a las cuales nada ni nadie podrá abatir, era lo único que les permitía no desmayar ni frustrarse ante cualquier desdicha porque, de ocurrir así, como ya lo dijimos, todo aquel enjambre de sueños enfrentados a la reciedumbre de la aventura se derrumbaría. Y fue buena para todos la impresión sobrenatural de aquel encuentro. Con el pasmo sobrecogedor de ese tesoro celestial se sembraría en la conciencia de aquellos viajeros la convicción de que acudían a cumplir una misión comprometida con los mandatos de un credo divino inscrito más allá de todas las cosas. Con ese designio, concebido como una misión evangélica entendida como algo impuesto por la Providencia misma, el afán de seguir hasta lo último era un destino inexorable que nadie podrá ya detener o torcer. De manera imborrable quedaron grabados el señuelo y la contraseña que los acorazaba ante los desafíos, frente a las amenazas y los temores que ese mundo desconocido, inmenso y sin límites a cada instante les insinuaba. Y ese viaje de alucinaciones era el único que podían emprender aquellos aventureros y los que le seguirán más tarde, pues ese afán de encontrarse un mundo de prodigios, de unos parajes rebosantes de riquezas infinitas, se perpetuará en las creencias de aquella y de las venideras generaciones de viajeros y moradores que, a lo largo de los siglos, fueron arribando a este flanco sorprendente de la América hispana.

### **Del Mito de El Dorado y otras fábulas**

¿Y por qué aquella otra quimera —el mito de El Dorado, que a partir de 1545 presidirá el Olimpo de los dioses del sueño—, en nada asociada a idilios paradisiacos y más consustanciada con esta tierra, conquistó con mayor ímpetu el espíritu de los aventureros hispánicos y poco o en menor medida, o en todo caso sin una significación trascendente, la inquietud de los peregrinos que más tarde poblaron el norte del continente?

Según refiere Arturo Uslar Pietri, la leyenda de El Dorado comienza a difundirse a partir de 1540. Surgió de una versión según la cual un indio quiteño hizo saber al conquistador y expedicionario Sebastián de Belalcázar que en esos confines un cacique tenía riquezas infinitas que en oro en polvo cubrían su cuerpo y que una vez al año, acompañado de su pueblo, se bañaba en una laguna sa-

grada a la que lanzaba objetos de oro y esmeraldas, y luego se zambullía en ella. Allí arranca y se profundiza el mito de El Dorado.

También es cierto que, a finales del siglo XVI, sir Walter Raleigh, miembro del Parlamento y gran figura de la Corte de Isabel I de Inglaterra, en 1595 y en 1617, en sendos viajes al Orinoco, intenta su búsqueda de El Dorado. Raleigh cree también poder encontrar este reino fabuloso al borde de un lago llamado Parima y en una ciudad toda de oro llamada Manoa. Después de los hallazgos del Perú, ocurridos medio siglo antes, y una vez divulgada y conocida la oferta del rescate con el cuarto iluminado en el brillo del oro por la vida cautiva de Atahualpa, aquella leyenda se hizo más creíble y se convirtió en la versión más deslumbrante para impulsar la gigantesca empresa de exploración y reconocimiento de América, cuyos territorios, así lo refieren los comentaristas de entonces, ya recorrían otros osados viajeros de la fascinante aventura americana animados por igual señuelo.

Aparte de estos aislados intentos de la Corte isabelina, el mito de El Dorado no se difundió ni llamó tan seriamente la atención de los súbditos ingleses de las décadas siguientes. Durante el reinado de los Estuardo, sucesores de los Tudor isabelinos, no se insistió en competir con los hispánicos en la búsqueda de El Dorado, no solo porque los sajones de los nuevos tiempos fueron en sus comportamientos más pragmáticos, más esforzados por encontrar un mundo mejor frente a retos y contratiempos, más visionarios y eficaces pobladores de aquellos mundos nuevos. Ocurrió que cuando, en la segunda década del siglo XVII, el *Mayflower* levantó anclas y llegó a las costas de Norteamérica ya casi todo aquel mundo había dejado de ser nuevo, casi todo estaba descubierto, y cuando todo es conocido, es más fácil, acomodaticio y expedito ser menos proclive a rendirle culto a las quimeras. Para incentivar y suscitar esperanzas en viajeros más rutinarios no era necesario acudir a la invención y la fábula. Lo fantástico y sorprendente para aquellos ingleses venidos con tanto retardo tenía que ser una situación más constatable, tangible y concreta. En aquella demorada aventura la impresión debía ser elaborada, no por la imaginación de unos viajeros, sino por la realidad misma que los traía a crear una sociedad mejor que aquella que dejaban, y donde habían sido tan dura y despiadadamente perseguidos.

Aquellos peregrinos eran, pues, unos fugitivos por la fe que profesaban. Ellos emprendieron la postergada travesía en la búsqueda de un asiento más amable donde practicar con libertad sus cultos y desplegar libremente sus ideas y



convicciones. Y algo más los distinguía: atravesaban el inmenso y ya conocido océano con afán y vocación de labradores y hacedores de un destino mejor. No eran propagadores de una fe, que arriesgadamente venían a tierras desconocidas y salvajes a conquistar almas extrañas para las prédicas del evangelio de su ministerio. Venían a encontrar una morada donde emprender un esfuerzo que el entorno social y político de su tierra nativa, con voraz ensañamiento, se resistía a ofrecerles. Así lo apunta el gran hispanista inglés John Elliot cuando afirma que: «... no eran conquistadores ni portadores de una fe sino militantes de un compromiso con algo más noble y entrañable que la propia vida: la libertad».<sup>1</sup> Este fue el mito que se hizo parte de sus tradiciones y el rasgo con mayor relieve de su cultura. Venían ellos con un cúmulo de convicciones y creencias adheridas y enraizadas en el espíritu del hombre libre, ratificadas medio siglo más tarde cuando en las futuras generaciones retumbe el eco universal de la Revolución Gloriosa de 1688. Eso fue lo que aquellos peregrinos trajeron. Ellos no pretendían encontrar El Dorado que buscaban en la incertidumbre de un hallazgo profético, lo traían con ellos: en la animada voluntad de sus luchas, al abrigo constante de un esfuerzo por crear un mundo libre y mejor para todos.

La visión del hombre de aquel tiempo posterior al Descubrimiento y más aún en los relieves peculiares del espíritu de un inglés, era y tenía que ser, además, distinta, más amplia, más diáfana, más identificada con el goce y la fruición frente al hallazgo de una realidad encarnada en este mundo y no en el otro. La Utopía de Tomás Moro, el gran ministro a quien su sacrificio ante la Reforma protestante de Enrique VIII en los días contemporáneos a Colón hizo santo de la Iglesia católica, y que con tanto vigor impresionó el delirio de los europeos de su tiempo, fue una evocación más relevante y más útil a la inspiración de los viajes pioneros de los grandes navegantes renacentistas desde la Península Ibérica, que conmovió de manera distinta el hálito de aquellos que participaron en la demorada empresa de los perseguidos de las Cortes de Saint James.

Como antes dijimos, el mito de El Dorado fue siempre una visión viviente e imperecedera no solo en el espíritu de los descubridores y conquistadores originarios, sino también en el de los visitantes posteriores de estas tierras hispanas de América. Incluso, el fenómeno no fue únicamente un afán de nuestro lado, una vez aquí radicados. Fue también aquel Dorado siempre buscado y nunca

<sup>1</sup> John H. Elliot. *Empires of Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830*. Yale University, Amazon Kindle Books, 2006.

encontrado en la dimensión más evocada de muchos sueños, una vivencia muy arraigada en el orden económico de Europa una vez que los galeones reales fueron arribando a los puertos de Sevilla cargados y repletos del oro y la plata procedentes de las inagotables minas que deparaba la Jauja de América.

Pero a las cosas, no pocas veces, las arrastra el más impensado de los alburres. Aquellos cargamentos poco a poco se tornaron en una desdicha para España al convertirse en emboscada de la artimaña financiera de los prestamistas del norte de Europa, quienes serán en definitiva sus verdaderos beneficiarios. Su posesión para los intereses del señorío político de España se transformó en un grave revés de su destino, pues en vez de conducir confiadamente a su fortalecimiento, en lugar de consolidar sus dominios, aquella nación de entonces desemboca, por la vía del dispendio y la vida ociosa que las minas de América le deparaban, en la destrucción de la fuerza competitiva de los negocios españoles sometidos a un penoso declive y a su final eclipse en los siglos posteriores. Entre tanto, sus vecinos insulares y continentales del viejo hemisferio aprovecharon su decadencia y su retraso y el auge de la Revolución Industrial por ellos impulsada para modernizar aceleradamente sus economías que, ya exentas por mucho tiempo de serias amenazas peninsulares, les permitieron consolidar sin interferencias los cimientos de una hegemonía económica y política que se hará palpable en los tiempos venideros.

En efecto, la furia y el delirio de los españoles por los ingentes hallazgos de las riquezas de América fue algo percibido y apreciado con tan desbordada intemperancia que, en lugar de bienestar y parabienes, les trajo las más devastadoras conmociones colectivas. Tal cúmulo de riqueza fácil y espontánea llegó a ser tremendamente perturbador y desconcertante, pues el aluvión torrentoso trajo consigo la destrucción del espíritu de trabajo de toda la hispanidad y contribuyó a forjar el total desequilibrio de su economía en todas las épocas inmediatas, lo que permitió vitalizar un fenómeno regresivo que con saña fue exterminando, hasta destruirla definitivamente, a la moribunda Corte de los Habsburgo.

Tan hondas repercusiones apabullaron y eclipsaron la suerte misma de España, que desde su relevante actuación de vanguardia en el concierto europeo se fue aislando paulatinamente a una ubicación segundona y postrera entre los poderes del continente. Así fueron de profundas las repercusiones sobre la economía peninsular del huracán tormentoso del oro y la plata americanos, a cuya

posesión España le había conferido tan extremada relevancia para garantizar la consolidación de su hegemonía en el mundo. Pero es que, además del ventarrón de calamidades internas que la debilitaron inmensamente, todo un enjambre de nocivas implicaciones fue creando las condiciones favorables para que sus colonias de ultramar pudieran enfrentarse con ventaja y anticipación a la contienda de su propia independencia.

Ciertamente, el fenómeno de mengua y debilidad metropolitana en el crecimiento económico no podía dejar de tener derivaciones en estas fronteras americanas, donde unas colonias explotadas por un régimen mercantilista, constructivista y absorbente imponía igualmente un sistema monopólico en el comercio internacional y en la promoción excluyente de todas las iniciativas individuales para la expansión de riquezas. Estas desviaciones, a la postre, dejaron a las posesiones de las Indias en todo momento subyugadas a las inmediatas conveniencias de la estabilidad de un imperio, el cual debía quedar, por causa de sus políticas económicas tan dispares y antagónicas a las de sus vecinos europeos, cada día más enclavado y sumido en los puestos marginales del progreso del viejo continente.

Solo en Salamanca, la primera universidad que así se llamó en Europa y que se hizo famosa por muchos episodios memorables y algunas reflexiones en nada o poco sabidas en otras sociedades de entonces, se formularon planteamientos originalísimos a partir de las investigaciones de sus catedráticos escolásticos, encabezados por el dominico Francisco de Vitoria y el jesuita Juan de Mariana, pioneros en la ciencia de un incipiente monetarismo que, más allá de sus méritos, representaba una comprensión temprana de aquellas teorías cuyas previsiones y consejos hubiesen ayudado a la salvación de la doliente economía de España, conmocionada por no advertir a tiempo cómo evitar el daño que le causaba el flujo incesante de medios de pago. Desgraciadamente poca o ninguna trascendencia llegarían a tener en el futuro del pensamiento económico ni menos aún, como lo acabamos de señalar, en la conducción de los asuntos públicos de la España de aquellos tiempos. Para constatarlo, veamos cómo en la época de Felipe IV, en el siglo XVII, su gran ministro y favorito, el conde duque de Olivares —cuya biografía también escribió el mismo profesor Elliot—, llega a pronunciarse sobre los males de su país en estos términos: «A estas alturas de la experiencia española podemos decir que el infortunio más trágico para España ocurrió con ocasión del descubrimiento de América».

Fue cierto. Aquel aluvión de aparente riqueza, que no dispensaba fuentes de trabajo, que solo insinuaba la presencia de un edén al cual replegar una vida sin esfuerzo, sirvió para recrear prejuicios que deformaron las costumbres y validaron con licencias y privilegios a una estirpe minoritaria, ociosa y sin méritos. Fue ella una expresión altisonante de todo lo que fuese ajeno a los ánimos creadores de una burguesía, que en otras latitudes europeas iniciaba la proeza de su futuro apogeo. A través de esos desvaríos y quebrantos se sembraron en la vida española ineptitudes colectivas para organizar y promover iniciativas para el trabajo creador; se predicó y asimiló la idea de que no era tan difícil ni tan imposible, con la simple posesión de una riqueza metalizada y sin hacer absolutamente nada, atribuirse el comando del mundo de su época.

Y esa riqueza sin sustentación firme, erigida sobre los flotantes cargamentos mineros procedentes de las tierras entonces descubiertas, solo sirvió para engañar a España que paulatinamente fue destruyendo su aparente riqueza en el dispendio de un poderío infecundo para la guerra y la conquista, extendido en su ambición de asedio a casi todo el occidente de Europa, con la alevosía de un imperio que se creía imbatible, pero que poco a poco se agotaba en su mengua y en su quebrantada fragilidad. Cuando la realidad se les vino encima y toda aquella falaz riqueza se hizo insuficiente para una Corte dispendiosa, se acudió al endeudamiento ilimitado con los prestamistas del alto mundo financiero de la época. Todo ese despilfarro significó un torbellino de tales proporciones que fue capaz de hacer pedazos en apenas una centuria el imperio que había nacido dos siglos antes, con el enlace de las coronas de Castilla y Aragón en 1456. Todo símil con una dramática realidad contemporánea de Venezuela es pura coincidencia.

¿Y para qué sirvió a nuestras latitudes de esta América aquel hallazgo que ya no estaría solo en la imaginación de los primeros aventureros sino en la de las legiones de peninsulares que seguirán llegando por varios siglos? Para mucho, pero en verdad para poco o nada útil y provechoso. Sirvió para abrirle puerta franca a las mismas creencias que desde entonces van a extraviar y torcer el destino del país. Desde aquella remota distancia de nuestra alborada colonial quedará enraizado en el alma nacional un pasado que se negará a abandonarnos, y que siempre se empeña en cultivar en el espíritu de nuestra gente la semilla fecunda de una farsa: la de tener conferido el privilegio de ser favorecidos por mandatos providenciales y por atribución de un derecho irrevocable, de ser rincón y asiento predilecto de una riqueza inmensa como ninguna otra en este continente.

# Índice

**Prólogo**, por GUILLERMO MORÓN 7

**Introducción explicatoria** 15

Capítulo I

**La veneración del mito** 31

Las fábulas traídas de España, aquí se quedaron 31

Del Mito de El Dorado y otras fábulas 35

La reliquia de la falacia del Midas en las proezas del mercantilismo 43

El mercantilismo: guía inseparable de nuestro destino 51

Capítulo II

**El mito de los grandes cacaos** 59

Los amos del valle que dejaron los conquistadores 61

La hazaña norteamericana y la medianía del patriciado autóctono 65

El capitalismo: el gran ausente en los dominios del valle 67

Los minifundios de los amos del valle 73

El marxismo en sus primeros extravíos venezolanos 75

La guerra del cacao y el temible monopolio guipuzcoano 80

Capítulo III

**El mito del cesarismo** 91

El personalismo venezolano y la utopía del cesarismo 92

La hazaña de las Trece Provincias: desafío y frustración 97

Nuestros intelectuales del siglo XIX y la inminencia autocrática 100

Fermín Toro, precursor de un radicalismo improvisado 104

La usura: las tenazas de la ética y el control económico 111

Resonancias de una cultura por y para el constructivismo 113

El pensamiento de Fermín Toro visto por sus contemporáneos 116

Domingo Briceño: una inteligencia precursora que no pudo ser 125

## Capítulo IV

### **De Guzmán a Gómez.**

#### **De la autocracia indigente a la autocracia pletórica 131**

- Guzmán Blanco y su autocracia indigente 132
- Los peninos del negocio financiero 137
- Del orden privado estatizado al secuestro compartido del Estado 139
- La autocracia pletórica del general Gómez 143
- El capitalismo de Estado asfixia al capitalismo de la sociedad 147
- La propiedad y los emprendedores: punto de partida de toda riqueza 152

## Capítulo V

### **El valle de los Caracas. La leyenda de los millonarios del siglo XX 157**

- La teoría de la dependencia y la revolución cubana.
  - La oligarquía del dinero 159
- El empresariado hostigado y marginado. El acoso de las crisis 166
- La mentalidad anticapitalista en el proceso venezolano 175

## Capítulo VI

### **El mito del petróleo: la ficción de su siembra.**

#### **Pdvsa o la Guipuzcoana del siglo XXI 189**

- La dependencia petrolera, signo de una sumisión.
  - La batalla secularmente perdida 191
- El trance que se le olvidó a Uslar Pietri: la faena del sembrador 194
- La incidencia del petróleo en la diversificación económica 200
- El derrumbe petrolero.
  - El Estado venezolano, un Leviatán de Tasmania 202
  - El mito de la magia del Midas petrolero 207
  - La riqueza para la sociedad, nunca más para el Estado 217
  - Pdvsa, una Compañía Guipuzcoana del siglo XXI 221

## Capítulo VII

### **La concepción romántica del Estado. La economía constitucional 227**

La hegemonía del Estado en el pensamiento de las élites 228

Vicios y fracasos del estatismo en el mundo entero 238

Los mercados en Venezuela:

libres en la rectoría del petróleo, asfixiados en la producción interna 242

Reacciones frente al Estado.

Las academias avanzadas despiertan, las atrasadas se repliegan 250

Del romanticismo constitucional venezolano 261

## Capítulo VIII

### **Los siglos XX y XXI sin mercado de capitales.**

### **La banca en un mercado reprimido. El fenómeno del béisbol 273**

El país que hemos hecho y el único al que podíamos acceder.

Un siglo XXI sin mercado de capitales 285

Un sector financiero menguado y sin proyección internacional 289

El ranking de las empresas.

Las exportaciones no tradicionales. El fenómeno del deporte 296

## **A manera de epílogo 301**